

Miguel Otero Silva, *periodista*

Si la vida de Miguel Otero Silva tiene trazos de novela realista, el periodismo que ejerció contribuyó en mucho a esa novela. MOS político, escritor intelectual y periodista que no sólo ejerció el oficio, sino que también le dio al país su aporte como fundador de un medio impreso, y allí está El Nacional para corroborarlo.

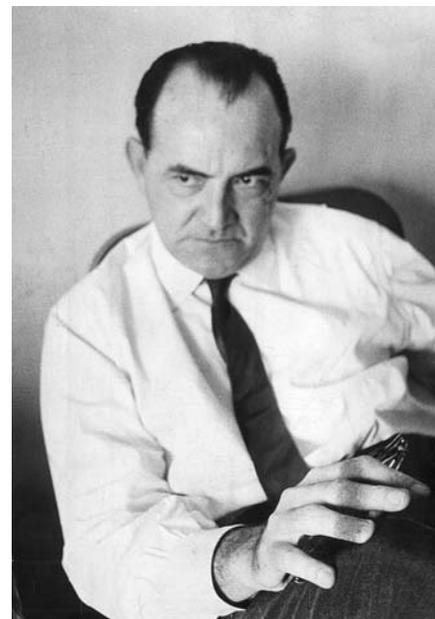
■ Carlos Delgado-Flores

I

El centenario es una celebración de la memoria, es un argumento para creyentes –y también para no creyentes– de que puede no morirse del todo, sobreviviendo en alguna forma de culto, más o menos doméstico –como el de los antiguos dioses manes– en el recuerdo del conjunto de las obras que se realizaron en vida, pero principalmente y de modo aun más rico, en las percepciones que estas obras dejan en quienes las juzgan con propiedad. Es el caso de Miguel Otero Silva (MOS) cuya memoria celebramos en su centenario, y en nombre de la cual hoy escribimos, para intentar en un ejercicio de interpretación, mirar ese país que vieron sus ojos, y acaso de modo más osado, intentar comparar esa visión suya con la nuestra, procurando volver cercano su recuerdo aun para quienes en vida no lo conocieron.

Me uno pues, a esta celebración, con este propósito: el de pensar a Miguel Otero Silva desde las claves que da el oficio, intentar verlo entre hechos y opiniones, entre razones de diversa índole, enfrascado en ilustradas discusiones con aquellos interlocutores que junto a él construyeron el siglo XX venezolano, esa tardía entrada a la modernidad de la que hablaba Mariano Picón Salas.

Miguel Otero Silva abrazó tempranamente el oficio periodístico, en parte como *modus vivendi* en el exilio, en parte como necesidad de ir afinando el ejercicio del lenguaje para las causas ya abrazadas como compromiso generacional, en 1928, y en parte también por la decisión de cambiar la lógica ingenieril por una literatura y una poesía que ya entonces y aún ahora es *un arma cargada de futuro* en el decir de Gabriel Celaya, célebre poeta español. Exilado en España y Francia, primero, y en México, Estados Unidos, Cuba y Colombia, después, su regreso en 1939, año en que aparece su primera novela, *Fiebre*, el documento de la rebelión estu-



diantil contra la dictadura gomecista, marcará para Miguel Otero Silva el inicio de una carrera fecunda en contribuciones de tan diversa índole: periodista, humorista, novelista, director de periódicos, digno émulo del *Fénix de los ingenios*, Félix Lope de Vega Carpio.

Pero una identidad amalgamó siempre las otras y esta fue la de intelectual, de allí que pueda decirse que tanto el periodismo que ejerció como los periódicos que creó, han tenido, desde su origen, vocación intelectual.

II

MOS fue un periodista intelectual, quizás una de las figuras emblemáticas, ilustrativas de ese perfil. Y caben las preguntas: ¿es que el periodista puede ser otra cosa, además de intelectual? ¿Por qué entendemos al periodista como intelectual?

Delia Crovi Drueta, investigadora de la Universidad Autónoma de México y directiva de la Asociación Latinoamericana

de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), afirma en su artículo *Periodistas de un nuevo siglo* esta condición para los oficianes: “El periodista como profesional de la información, el periodista de tiempo completo, el que ejerce día a día la profesión de informar, el que vive la dinámica cotidiana de producción de la noticia, se ha convertido en uno de los intelectuales más importantes de este siglo, porque forma parte de los que crean, distribuyen y aplican la cultura, es decir, el mundo simbólico del hombre, incluyendo el arte, la ciencia y la religión, de acuerdo con Seymour Martin Lipset. En mi opinión podemos estar hablando del intelectual con mayor peso social de estos tiempos. El mismo que, en parte, ha ocupado el vacío dejado por los partidos políticos, los gobernantes, la escuela y los propios intelectuales arquetípicos”.

Profesionales, integrados al sistema de mediación social, productores de discursos que permiten la representación de los sujetos sociales, que explican la legitimación de las prácticas de poder, que redistribuyen la formación de enunciados para el saber moderno, a veces doxólogos en vez de exégetas, promueven los valores de la Modernidad como proyecto civilizatorio: la doctrina del derecho natural, la democracia como sistema de gobierno, el desarrollo como vocación del proyecto histórico global y la tecnología como medio para obtener este desarrollo, al inscribirse dentro de este sistema de producción simbólica (discursos, significados, sentidos, en cualesquiera lenguajes y formatos) el periodista se convierte artífice de la semiósfera contemporánea, homologado en su accionar con el artista y el científico, y acaso en uno de los reproductores más consecuentes de sus contenidos y relaciones. Aunque distinguido, ciertamente, del político o el empresario, por las diferencias habidas en la práctica.

¿PERO DE QUÉ HABLAMOS CUANDO DECIMOS INTELLECTUALES?

Norberto Bobbio en *La duda y la elección, intelectuales y poder en la sociedad contemporánea* los define en estos términos: “se llaman hoy intelectuales a los que en otros tiempos se han llamado sabios, eruditos, *Philosophes*, literatos, *gens de lettre* o simplemente escritores y en las sociedades dominadas por un fuerte poder religioso sacerdotes, clérigos. Los intelectuales si bien con distintos nombres, han existido siempre, porque en toda so-

ciudad, junto al poder económico y al poder político, ha existido siempre el poder ideológico que se ejerce sobre las mentes y a través de la producción de ideas, de símbolos, de visiones de mundo y de enseñanzas prácticas.”

Bobbio también establece una tipología de los mismos, basándose en autores como Julien Benda o Karl Mannheim: clérigos, intelectuales que aspiran a la influencia para aconsejar al poder; mandarines, doctos instructores de la opinión pública; expertos, dedicados a especializarse en una parcela del saber, a producir conocimiento científico o artístico. No obstante, Seymour Lipset ofrece otra clasificación: el intelectual socialmente desligado, libre; y el intelectual orgánico, comprometido con su clase social. Sobre este último, el mismo Antonio Gramsci, autor del concepto ha señalado: “Todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan la homogeneidad no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político”. Se trata de un pensador afiliado a una determinada causa, especialista y a la vez político, conocedor de un oficio que ejerce como medio por el cual contacta al colectivo, que puede reforzar estructuras existentes, o promover su demolición.

Nuestros intelectuales nacieron a la modernidad con la Ilustración, que era un proyecto de intelectuales. En la medida en que fue consolidando su hegemonía, los intelectuales fueron ocupando posiciones, concentrándose en instituciones específicas; los intelectuales liberales y el intelectual orgánico tradicional, fueron refugiándose en la Academia, como profesores e investigadores. Pero a medida que las industrias culturales cobraron fuerza en la formación de la sensibilidad colectiva, el periodista fue asumiendo labores que antes eran exclusividad de otros intelectuales. Ello lleva a Felix Ortega y María Luisa Humanes en su libro *Algo más que periodistas, sociología de una profesión*, a señalar que “el tipo más generalizado de intelectual, que no es otro que el de las corporaciones de comunicación, es una nueva forma de ‘intelectual orgánico’. Y esto es así porque se vincula con uno de los modos de producción más específico de nuestras sociedades: el del conocimiento. Si el viejo intelectual orgánico se ligaba y comprometía con las clases sociales (en su acepción marxista) el intelectual de hoy lo hace con las organi-

zaciones esenciales en el esquema de producción” ¿Cómo? Divulgando innovaciones, sometiendo a escrutinio las materias del interés público, promoviendo la investigación y el desarrollo de soluciones a *problemas sociales*, confrontando posiciones encontradas en debates públicos, interpelando al poder en sus formas institucionales, cuestionando la legitimidad del interés particular frente al interés común: en suma, ejerciendo su oficio en acuerdo con los intereses del medio como empresa, los del perceptor en cuanto que opinión pública y los suyos propios: la calidad del trabajo, el compromiso ético con las audiencias y con la Modernidad.

¿Calza la imagen que tenemos, hoy, de Miguel Otero Silva con el retrato que Bobbio, Lipset, Crovi Drueta o Felix Ortega y María Luisa Humanes nos muestran? Yo sostengo que así es, pero creo que nos resultará más adecuado mirarlo a través de tres de los muchos momentos de su trayectoria, que hemos seleccionado para ilustrar nuestro punto.

1) La polémica entre figuración y abstracción. A propósito de los premios de pintura y escultura otorgados en el salón Oficial de Bellas Artes de 1957, un Alejandro Otero más bien bisoño, miembro del grupo de Los Disidentes, que rompieron con la escuela de bellas artes de la provinciana Caracas de entonces y se fueron a París tras las huellas de la modernidad y las vanguardias, dirige una carta a Miguel Otero Silva donde cuestiona el veredicto del jurado por considerar que los premios favorecían la figuración sobre la abstracción. Eso fue el 22 de marzo de 1957, al día siguiente MOS responde alegando a favor de la figuración en estos términos: “el arte abstracto, tanto como actitud estética, es una posición filosófica. Su signo es la evasión. Su procedimiento escaparse de la realidad para refugiarse en el mundo subjetivo esotérico del artista. Es la vieja teoría del arte por el arte, un arte incontaminado, que aparece en la historia de la humanidad con diversos ropajes y que en el siglo veinte, a raíz de las guerras mundiales, ha pretendido refugiarse en la fórmula ‘arte abstracto’. Es una fórmula comprensible apenas para un cenáculo iniciado y minoritario, que niega al hombre y a la tierra, que no quiere saber nada del pueblo ni de sus angustias, que pretende sustituir la emoción artística por la apreciación cerebral de la obra. Es explicable que en un país de cultura decadente o *faisandée*, agobiado por el escepticismo y la falta de fe en el hombre, se le otorgue

el premio nacional de pintura a un cuadro abstracto. Pero nunca esas naciones americanas que están levantando sus destinos con arcilla humana y que reclaman de sus artistas una obra que contribuya al logro cabal de su destino”.

Al día siguiente, Alejandro Otero replicará con otra carta en la cual ubicó la dimensión de los argumentos diciendo: “No comprendes cómo alguien puede ver algo en eso y al intentar atacarlo, te faltan argumentos y tienes que recurrir a frases sin implicación conceptual como éstas: ‘es una fórmula comprensible apenas para un cenáculo iniciado y minoritario’, ‘su signo es la evasión’, ‘es la vieja teoría del arte por el arte’. Parece como si esta fuese la primera vez que hubiese oído designar con los términos de abstracto y figurativo las corrientes generales más importantes de las artes plásticas contemporáneas, pero la diferencia es muy lógica, porque la figuración y el arte abstracto son consecuencias de actitudes humanas definidas y disímiles y no simples entretenimientos plásticos”.

No era la primera vez que Miguel Otero Silva tenía un debate encendido en las páginas de *El Nacional*. No era ni fue la única vez en que se exhibió públicamente, así ganara o perdiera, con el propósito de ilustrar a los lectores. Pero este debate fue trascendente, pues a partir de él, la producción de arte contemporáneo en el país se saltó el escollo de la mirada intransigente de los comunistas venezolanos, que creían ver en el arte abstracto una desviación pequeño-burguesa, una incitación al individualismo de corte anarquista, y pudo abrirse a la modernidad estética, así como las instituciones culturales en el contexto del proyecto modernizador nacional, cosa en la cual se involucró entre 1958 y 1963, como senador al Congreso Nacional. El mismo MOS matizará públicamente su posición, años más tarde, cuando en 1974 promueve junto a Alejandro Otero y Manuel Espinoza, la creación de la Galería de Arte Nacional, a la cual dona parte de su colección de arte.

2) El embargo publicitario a *El Nacional*. En 1961, la Asociación Nacional de Anunciantes –ANDA– acordó no publicar publicidad en el periódico como represalia a lo que sostenían, era una línea editorial contraria a sus intereses y proclive al afianzamiento del comunismo en Venezuela, dadas las simpatías editoriales con la Revolución Cubana. Eran los tiempos duros de la década de los ’60, y poco o nada valía el historial político de un edi-

tor que hacía mucho tiempo había tomado distancia crítica de tirios y troyanos, a favor de la construcción de una opción de centro izquierda en el país. El periódico resistió heroicamente hasta donde pudo, dejó escribir –en algunos casos bajo seudónimo– a periodistas perseguidos por su filiación con el Partido Comunista de Venezuela y cuando fue necesario, Miguel Otero Silva abandonó la dirección, dejando en su lugar a Raúl Valera, quien luego sería sustituido por Arturo Uslar Pietri, en 1969, y por Ramón J. Velásquez en 1972.

La lección de Miguel Otero Silva, de sacrificarse por el periódico fue sin duda un momento crucial en su trayectoria como periodista y editor, porque revelaba su conciencia de cuán institucionalizado está el servicio de periódicos y periodistas en la construcción de gobernabilidad democrática. En 1949 había sido Presidente de la Asociación Venezolana de Periodistas y fundador de la Sociedad Interamericana de Prensa, de modo que el embargo publicitario, una década después, debió haberlo puesto sobre aviso de la necesidad de formar desde su periódico las bases para un cambio en la cultura política del venezolano, a través de la opción de centro-izquierda, lo que pone en evidencia una vez más la idea de que los medios de comunicación son actores políticos de derecho privado, con todas las implicaciones que ello conlleva.

3) La entrevista que le hiciera a Raúl Leoni. En 1969, poco antes de que completara su período constitucional, Raúl Leoni Otero respondió a las preguntas que su primo, Miguel Otero Silva le formulaba en el cierre de uno de los períodos más álgidos de la confrontación armada de los ’60. El texto, una entrevista con fragmentos de crónica, revisa la vida de quien fuera presidente de la Federación Venezolana de Estudiantes en 1928 y la confronta con el presente del combate a la guerrilla, de la crisis derivada de la Primavera de Praga del año anterior y de la preocupación futura de entonces: el control fiscal sobre la renta petrolera. Así se lee en ella, gracias a la recopilación realizada por el Centro de Investigación de la Comunicación (CIC) de la UCAB:

“La familia Leoni-Otero se trasladó a Caracas en octubre de 1919. El periodista, que era entonces un niño, recuerda neblinosamente la pintoresca aparición de aquel pariente provinciano –somos primos, todo el mundo lo sabe– que llegaba a Caracas bajo el alero de un sombrero de

pajilla, estrenando amagos de bozo y un pantalón a media pierna, quince centímetros más abajo de la rodilla.”

Y más adelante pregunta:

—¿Por qué, si gran parte de sus compañeros de rebelión y de exilio se inclinaron hacia el marxismo y el comunismo, usted no tomó el mismo camino?

—La mayor parte de mis compañeros del 28 que se inclinaron abiertamente hacia el comunismo fueron aquellos que se trasladaron a Europa, Rusia, y su estrella roja gravitaba categóricamente sobre el proceso político y social de los países europeos. Nosotros, los del 28, éramos una juventud ignorante políticamente por falta de libros y exceso de barreras policiales. Yo no me marché a Europa sino que me quedé en el área del Caribe. Al leer la filosofía marxista no perdí nunca la visual latinoamericana ni el sentido de nuestra realidad. Comprendí desde un principio que el pensamiento socialista no era aplicable esquemáticamente a toda entidad o nación. Para Venezuela, país aislado y mediatizado, el problema consistía en quebrar las estructuras feudales, emprender la revolución democrática, conquistar los derechos más elementales. Además, me apartó siempre de los comunistas mi culto a la libertad del hombre que ellos no compartían. Pero debo advertirte que si nunca me hice comunista no fue porque me sintiera temperamentalmente anticomunista. Creo que la existencia de la extrema izquierda es necesaria para el funcionamiento progresista de la libertad porque sus prédicas hacen hincapié en las desigualdades sociales, son como un tábano que señala las injusticias.

Pregunta luego las denuncias sobre torturas, persecuciones políticas y potenciales “crímenes de lesa humanidad” y el presidente Leoni contesta:

—Conozco esas actuaciones formuladas por parlamentarios y líderes de la oposición castrocomunista. Las conozco desde hace mucho tiempo y tengo algunas cosas que decir a ese respecto. El Partido Comunista está desgarrado por una lucha de fracciones, amén de su enfrentamiento con el MIR. Tales luchas fraccionales los han llevado a crear sus propios aparatos armados de “justicia popular”. Para nadie es un secreto que con frecuencia ellos se autofusilan después de juicios sumarios realizados en las montoneras y comandos. Hechos recientes acaecidos en la Ciudad Universitaria, así como documentos in-

cautados a los grupos subversivos, demuestran la verdad de estas afirmaciones. En los campamentos guerrilleros ocupados se han encontrado acres de fusilamientos, incluso de inocentes campesinos tildados arbitrariamente de espías de las fuerzas armadas o de agentes de la Digepol. Pero los comunistas son hábiles en la fabricación de imposturas y en las campañas destinadas a despertar sentimentalismos. Con el aditamento de que la opinión venezolana está por lo general dispuesta a creer acusaciones sobre violencias contra los presos políticos porque esa ha sido la historia tradicional del trato de los gobiernos de este país para con sus adversarios.

—Ellos mencionan nombres propios, Presidente

—Es posible. No niego que haya habido muertos y heridos. En la lucha que llevan a cabo las fuerzas armadas contra la subversión comunista, contra una guerra declarada por guerrillas urbanas y rurales, se ha creado una situación muy cercana a la guerra civil. Y en toda guerra, en todo choque entre bandos armados se producen inevitablemente bajas: muertos, heridos y prisioneros. Los muertos se entierran. En cuanto a los heridos y prisioneros, son trasladados a centros de reclusión bajo el amparo y la protección de la República y de unas autoridades que han recibido órdenes terminantes de respetar los derechos humanos. Como presidente de la República, a través del Ministerio de la Defensa, giré instrucciones muy claras y precisas a los comandos militares para que trataran a los prisioneros heridos de acuerdo con los principios democráticos de mi gobierno que se basan esencialmente en el respeto a la dignidad del hombre.”

Impresiona el texto por la cantidad de sentido que este tiene: no es sólo el hecho de que haya una relación familiar entre el editor de un periódico y el presidente de la República, sino que estando quizás en la misma acera política, estos adversarios ideológicos pueden hablar, revisar la historia, procurar comprender y hacer comprender el presente continuo y sus implicaciones. A Miguel Otero Silva le tocó ejercer el periodismo en la época en que se formó nuestra democracia, y lo hizo como convencido demócrata que era, combinando magistralmente información y formación en un círculo virtuoso: orientar para informar (la redacción como escuela) e informar para orientar (la interpretación como prerrogativa, más que como un recurso), y es que no es sino con

el equilibrio de ambos, como la información se vuelve conocimiento y es útil para el ciudadano común.

III

En nuestro presente continuo, el modo de ser intelectual del periodista tiene nuevas implicaciones: un cambio de paradigma para pensar la sociedad, de sociedad de masas a sociedad en red, el incremento exponencial de la capacidad de procesamiento de información, y el regreso, al final de la era de la producción industrial, del lector como un interlocutor. Tal vez en un futuro que ya va siendo, cuando digamos periodista, señalaremos a un sujeto contemporáneo de edad indefinida, hombre o mujer, dedicado a gestionar información a redes de comunidades virtuales, en entornos diversos, que pueden tener nodos de contacto y reformularse conforme a algunos rasgos definitorios, como actualmente es posible a través de plataformas como *Facebook*, *Myspace*, *Twitter*, *WAYN* o muchas otras. Es posible que este sujeto genere valor agregado a su servicio en la medida en que su capacidad de recuperación de información, aunada a su capacidad investigativa e interpretativa, brinde calidad y demanda a sus informaciones, las cuales distribuirá de manera dedicada a todos y cada uno de quienes constituyen su audiencia. Es posible además que a propósito de la interactividad que los medios digitales facilitan, desarrolle diversos mecanismos de orientación de opinión pública en función de objetivos más o menos concretos, de gobernabilidad ciudadana en el entorno digital (¿ciudadanía cosmopolita de la sociedad del conocimiento?) Puede también pensarse que este periodista reciba utilidad monetaria por la vía de su recomendación —dentro de su red— de determinados productos cuya calidad previamente comprobará, pues si ya en el pasado como profesional vivía de su nombre, es de suponer que en un ámbito de interactividad comunicacional mediado por la tecnología, lo haga aún más.

Y en este presente continuo, ¿qué tiene que decirnos MOS?

Mucho. Su obra es la de quien sabedor de que vive con sus contemporáneos, no abandona el diálogo constructivo con ellos, desde su propia vocación para la innovación. También nosotros hablamos a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, desde unas claves y desde un cuerpo de

valores y saberes. De él podemos aprender cómo hacerlo, interrogando en su obra su memoria, o recordando —comentadas— las palabras que sobre él escribiera Jesús Sanoja Hernández, intelectual de izquierda, periodista y su amigo: “Con Miguel Otero Silva ha desaparecido (o quizás no tanto) uno de esos independientes agigantados que a la política (aunque también podría decirse: al país desde el oficio de darle a conocer, al periodismo) no le ha pedido más que la oportunidad de servirle con desprendimiento. Fue de esa categoría excepcional de hombres que, sin ceder posiciones y esperanzas, que le eran caras, dejó en el campo ideológico y político que no le era afín, amigos inestimables” (a los cuales nos sumamos, hoy, en esta celebración de la memoria).

■ Carlos Delgado-Flores

Profesor en la Escuela de Comunicación Social de la UCAB, coordinador académico de los Postgrados en Comunicación Social de esa casa de estudios. Miembro del Consejo de Redacción de la revista *Comunicación*.

REFERENCIAS

- BOBBIO, Norberto (1998): *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. España: Paidós.
- CROVI DRUETTA Delia (2002): “Periodistas de un nuevo siglo”. En: Maldonado Reynoso, Norma Patricia (Coordinadora): *Horizontes comunicativos de México. Estudios críticos*. México: Editado por AMIC.
- DELGADO-FLORES, Carlos (2008): “El periodista como intelectual: dos imágenes de cambio”. En: *Comunicación Digital*, Carlos Arcila (coordinador). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, Serie Mapas de la Comunicación.
- _____ (2006): “Del periodista industrial al intelectual digital”. En: *Comunicación, Estudios venezolanos de Comunicación*, número 135. Caracas: Centro Gumilla.
- LOTMAN, Iuri M. (1996): *La semiósfera, I. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Editorial Cátedra.
- ORTEGA, Felix y HUMANES María Luisa (2000): *Algo más que periodistas, sociología de una profesión*. Barcelona, España: Editorial Ariel.